

EL HABITAT CARPETANO DEL CERRO DEL GOLLINO (CORRAL DE ALMAQUER, TOLEDO)

Juan A. Santos Velasco¹
Alicia Perea Caveda²
Lurdes Prados Torreira³

RESUMEN: los resultados de las dos campañas de excavación en el yacimiento han permitido la identificación de un gran hábitat amurallado datable entre fines del siglo III a.C. y el primer tercio del siglo I a.C., que aporta datos significativos sobre el proceso de romanización de la Carpetania.

ABSTRACT: les fouilles que ont eu lieu dans cet oppidum permettent dater le gisement entre la fin du IIIème et le premier tiers du Ier siècle av.C., et offrent des éléments pour comprendre le procès d'aculturation dans la Carpetania preromaine.

Este cerro se encuentra en el extremo suroriental de la provincia de Toledo, en los límites con las de Cuenca y Ciudad Real (fig. 1). En la localidad se le conoce como cerro del Gollino y de El Castillo, ya que sobre uno de sus lados se asienta una atalaya medieval. Su topografía es relativamente escarpada y una amplia depresión lo divide en dos, siendo la parte sureste donde se halla el hábitat del que vamos a tratar.

Al pie del cerro, sobre una pequeña loma cercana a la Ermita de la Virgen de la Muela, localizamos en 1984 otro yacimiento que hemos prospectado y al que hay que hacer mención obligada pues, además de diversos fragmentos de cerámica a torno con decoración pintada, proporcionó un fragmento de fondo de un pequeño cuenco ático de barniz negro de la serie *later and light* del Agora de Atenas, datable entre 425-400 a.C. (PEREA, A., PRADOS, L. y SANTOS, J.A, 1988: 257). Este otro lugar pudiera tratarse de una necrópolis o un pequeño hábitat más antiguo que el que presentamos ahora. Nos hicimos cargo de las excavaciones en 1984, llevándose a cabo dos campañas durante los veranos de 1985 y 1986⁴.

1. Universidad de La Rioja

2. Centro de Estudios Históricos del CSIC

3. Universidad Autónoma de Madrid

4. Queremos expresar nuestro agradecimiento a Dña. Matilde Revuelta, ex-directora del Museo de Sta. Cruz, y al profesor D. Juan Pereira de la Universidad de Castilla-La Mancha por la ayuda presta-

El paisaje actual del cerro presenta grandes zonas cubiertas de diferentes especies de matorral: romero, jara, aliaga y salvia. Tipo de vegetación producto de la degradación de la vegetación climax de encinar y robledal, cuya existencia se confirmó con los análisis de laboratorio de los macrorrestos vegetales documentados en la excavación, que corresponden a encina, roble, espantalobo, fresnillo loco y sonaja (SANTOS, J.A, PEREA, A. y PRADOS, L., 1990: 314). Lo que nos puede servir de pauta para una posible reconstrucción del entorno natural de la zona en época prerromana, cuando tengamos más datos de esta índole procedentes de otros yacimientos.

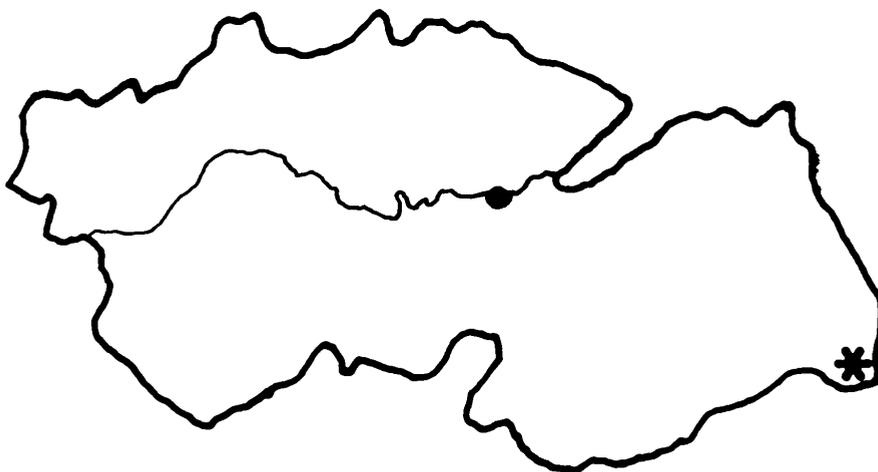


Fig. 1. Situación del yacimiento en la provincia de Toledo

I. Las áreas de excavación

La gran extensión del hábitat, alrededor de 18 has., el tipo de información que buscábamos y el necesario ajuste de nuestras posibilidades objetivas de trabajo a los presupuestos económicos fueron las razones determinantes del planteamiento y elección de las zonas de trabajo, que fueron denominadas G-I, G-II, G-III y Muralla (fig. 2).

a) G-I es la mayor extensión excavada, unos 120 m² (fig. 4). Rica en hallazgos, no se puede decir lo mismo respecto a las estructuras arquitectónicas que se encontraban muy mal conservadas, debido probablemente a la proximidad de la atalaya medieval que domina este lado del cerro, para cuya construcción debieron utilizarse buena parte de las bases de piedra de los muros del asentamiento prerromano, que afloran en

da en la localización y excavación del yacimiento, así como a los hermanos Rojo por habernos facilitado unos materiales recogidos en superficie que, en su día, presentamos al I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha.

superficie. De esto se deriva que el depósito arqueológico es, en muchos casos, de escasísima potencia, pudiendo en ocasiones llegar a confundirse con la tierra vegetal al no alcanzar los 20-25 cms. de espesor.

Aquí se documentó lo que denominamos Dpto. 6-EM- (figs. 4, 6, 7, 8 y 9), que se hallaba cubierto de una gruesa capa de cenizas que, a su vez, se encontraba sobre un depósito de cal fundida, enfriada y endurecida con posterioridad. No existen huellas de estructuras de hornos, por lo que pudiera tratarse de un lugar de almacenamiento. A partir de ese punto se hace mayor el desnivel de la pendiente natural de cerro, desapareciendo la gran bolsada de cal, debajo de la cual se distinguía un suelo de tierra apisonada, bajo el que se documentó un relleno para nivelar la vivienda. Nivelación que debió destruir un asentamiento anterior, puesto que encontramos un abundante lote de cerámicas a mano no significativas, a excepción de un pequeño fragmento de pared con decoración incisa.

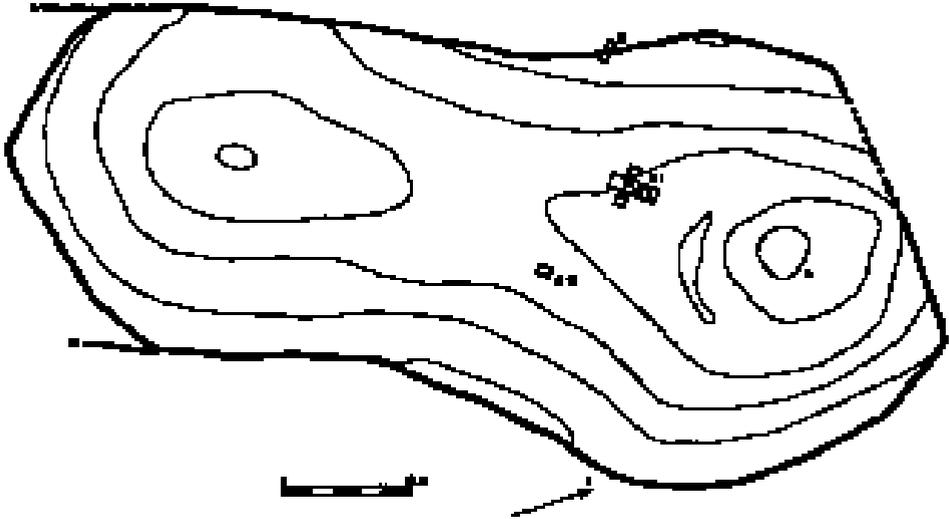


Fig. 2. Primer recinto amurallado con la localización de las zonas de excavación G-I, G-III, Muralla (M) y la Atalaya medieval (A). La zona G-II está situada al noroeste, dentro del segundo recinto, fuera de la superficie del cerro que cubre este plano.

Al otro lado del muro 2, sin relación con alguna otra estructura arquitectónica encontramos un enorme conjunto de materiales relacionados con el almacenamiento (*dolium*, ánfora, y otros), así como un abundante lote de piezas de importación. Esta otra zona se denominó EX (figs. 4, 10, 11, 12, 13 y 14).

b) G-II se planteó como un sondeo en el interior del segundo recinto amurallado (fig. 3, 2). Al contrario que en G-I, las estructuras arquitectónicas presentaban un buen estado de conservación con alzados de piedra que alcanzaban hasta 1 m. de altura. Sin embargo, los materiales arqueológicos eran muy escasos. No obstante, entre ellos destacan dos fragmentos de campaniense B (formas 1 de Lamboglia y 2614 de Morel), que proporcionan una fecha de ocupación de la vivienda coetánea a la del resto del poblado (fig. 5: 5 y 6).

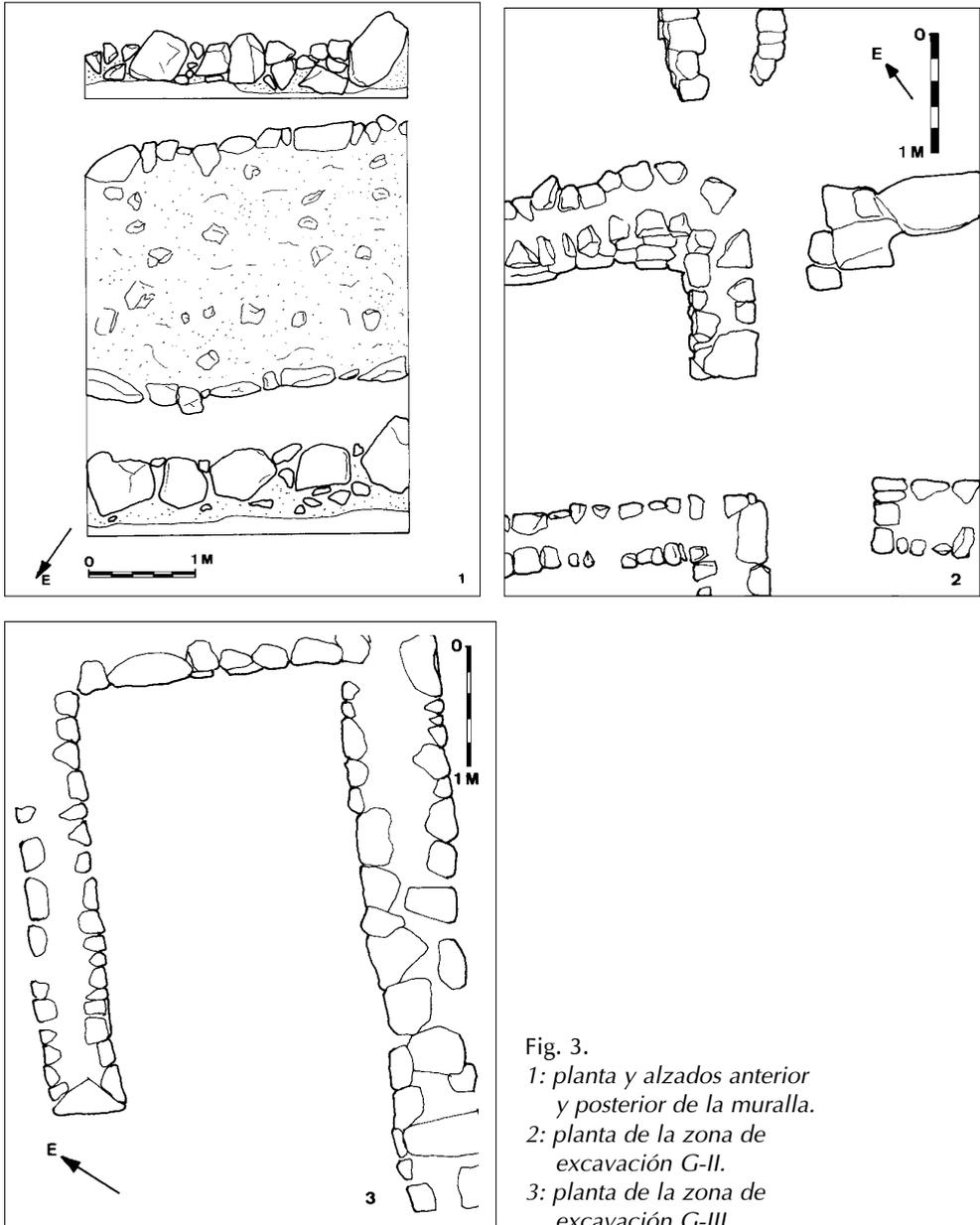


Fig. 3.
1: planta y alzados anterior y posterior de la muralla.
2: planta de la zona de excavación G-II.
3: planta de la zona de excavación G-III.

c) G-III es otro sondeo próximo a G-I, dentro del primer recinto amurallado, pero en la ladera oeste (fig. 3, 3).

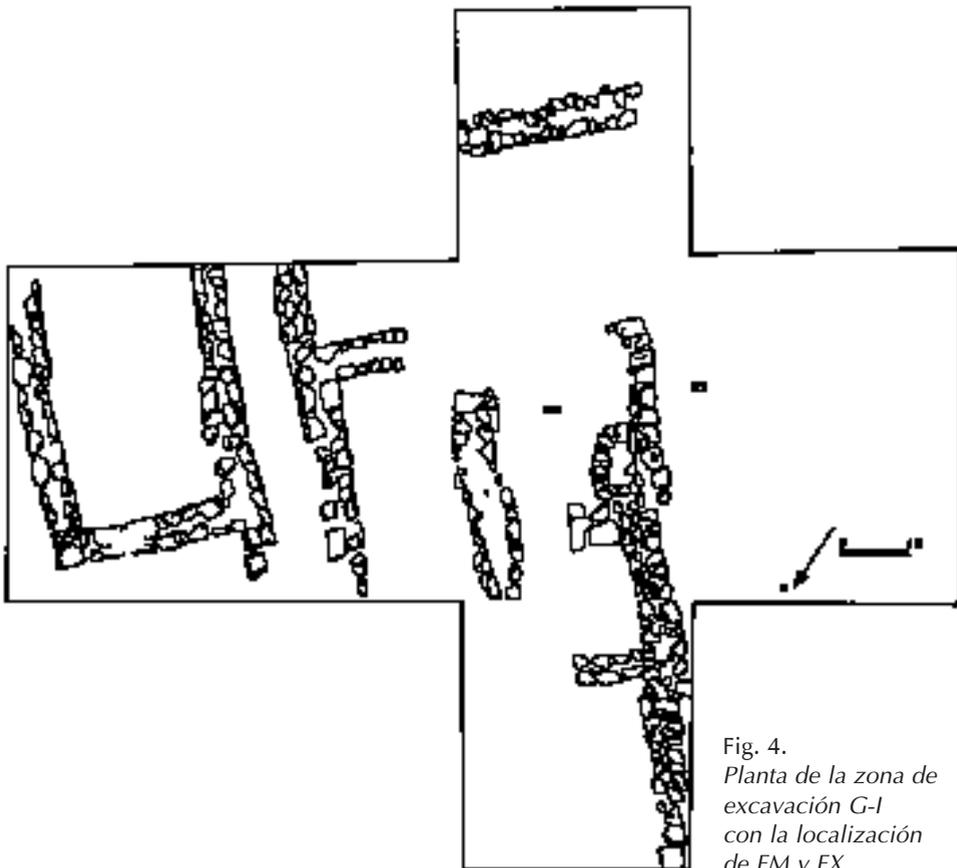
d) Por último, vimos la conveniencia de hacer una última cata en la muralla con el fin de conocer sus características arquitectónicas y datación. Cabe señalar un fragmento de base de la F1 de campaniense B de Lamboglia, que data su construcción en el mismo momento de ocupación que el resto del poblado.

II. Las estructuras arquitectónicas

a) El asentamiento está rodeado por dos recintos amurallados adosados el uno al otro por el lado oeste. Juntos suman más de 2 kms. de longitud, encerrando una superficie próxima a las 18 has. Su excavación puso al descubierto una doble hilada (anterior y posterior) de grandes bloques irregulares trabados con tierra, entre las que se acumulaba un relleno de piedra y tierra (fig. 3, 1).

b) Respecto a las estructuras de habitación poco se puede decir, debido a la escasa superficie excavada, que no nos ha permitido distinguir una unidad de vivienda, y a la mala conservación de los restos arquitectónicos de la zona G-I, donde se centró la excavación. Esto hace imposible un estudio en profundidad de las formas del ordenamiento del espacio interior del hábitat y sus espacios domésticos.

No obstante, los recuperado permite reconstruir relativamente bien los aspectos constructivos. Nos hallamos ante plantas rectangulares con grandes basamentos de piedra a juzgar por la altura que llegan a alcanzar en G-II, área mejor conservada. Las paredes se terminarían de elevar con adobe y después se recubrirían de cal, por lo que se desprende de la gran cantidad de ladrillo no cocido que formaba parte de los rellenos arqueológicos y a que se encontraron restos del recubrimiento de las paredes en el departamento 3 de G-I.



III. Los materiales

La necesaria brevedad que impone el espacio no permite un análisis exhaustivo de los materiales recuperados, por lo que hemos preferido presentar un listado que acompaña a los dibujos de las piezas seleccionadas más interesantes.

a) *Las cerámicas indígenas*. Entre las cerámicas a mano, muy abundantes en superficie, destacan aquellas decoradas con incisiones sobre los labios y bordes que, por el escaso conocimiento que tenemos de estas producciones en la zona, forman un horizonte que se podría situar en un momento de transición entre el Bronce Final y el Hierro I, entre los siglos VIII-VII a.C. (ver ESPINOSA, C. y CRESPO, M.L., 1988: 247). Hemos de tener en cuenta que son en su mayoría fragmentos descontextualizados, lo que impide hacer mayores precisiones.

Las cerámicas a torno que podemos considerar indígenas se encuadran en lo que se define como mundo carpetano, caracterizado por las decoraciones *a brocha o jaspeada*, que representan en G-I el 8'3% del total de fragmentos recuperados, el 10'7% en G-III y el 0'3% en la muralla. Llama la atención los porcentajes tan bajos de este tipo de decoración.

Otro lote es el formado por vasos de cocción oxidante, pintados en rojo, de tradición o influencia ibérica tanto por su formas (urnas con labio de "pico de ánade", fig. 7: 1 y 2) como por su decoración. No obstante, hay que destacar que el repertorio decorativo que se asimila en esta zona carpetana o, al menos, el recuperado en esta excavación, se caracteriza por su simplicidad, sobre todo si se compara con la gran riqueza iconográfica que por las mismas fechas tienen las cerámicas ibéricas y celtibéricas del Sureste, Levante, Teruel y Numancia.

Aquí, lo dominante son las grandes bandas que recorren los bordes y las paredes de las urnas. Otros motivos son raros y muy sencillos: sectores de círculo, cabelleras y otros (figs. 5: 3 y 9: 2).

Algunos fragmentos presentan decoración estampillada con las clásicas aspas (fig. 5: 4 y 9: 3) como las de El Cerrón de Illescas, Toledo (VALIENTE, S., 1988 y 1994), o Cerro Redondo, Madrid (BLASCO, C. y ALONSO, A., 1985).

Un conjunto importante es el representado por la cerámica de cocción reductora, con piezas de pequeño tamaño, siempre muy bien torneadas, paredes muy finas y buenos acabados de las superficies. Entre ellas hay que mencionar dos pequeños cuencos; uno (fig. 9: 6) muy semejante a una típica forma de la campaniense B, 1220 de Morel, datable entre los siglos II-I a.C. (1981: 94); y un segundo ejemplar (fig. 14: 4) que recuerda vagamente productos de sigillata itálica (Goudineau 38) y gálica (Dragendorf 24/25) (ver BELTRAN, M., 1990).

b) *Las cerámicas de importación*. Entre las cerámicas finas destacan varios vasos y fragmentos de campaniense B de la forma 1 de Lamboglia, 2320 de Morel, que se fechan entre fines del siglo II a.C y 50 a.C., incluso algo más tarde (figs. 5: 5 y 14: 3); y varios platos de la forma 5 de Lamboglia, 2250 de Morel (1981), uno de los cuales por su perfil, enorme tamaño y decoración interna de ruedecilla se podría datar a fines del siglo II a.C. (fig. 12: 3). También del siglo II a.C. son las formas 2650/70 de Morel (1981: 63) como el fragmento de la figura 5: 6.

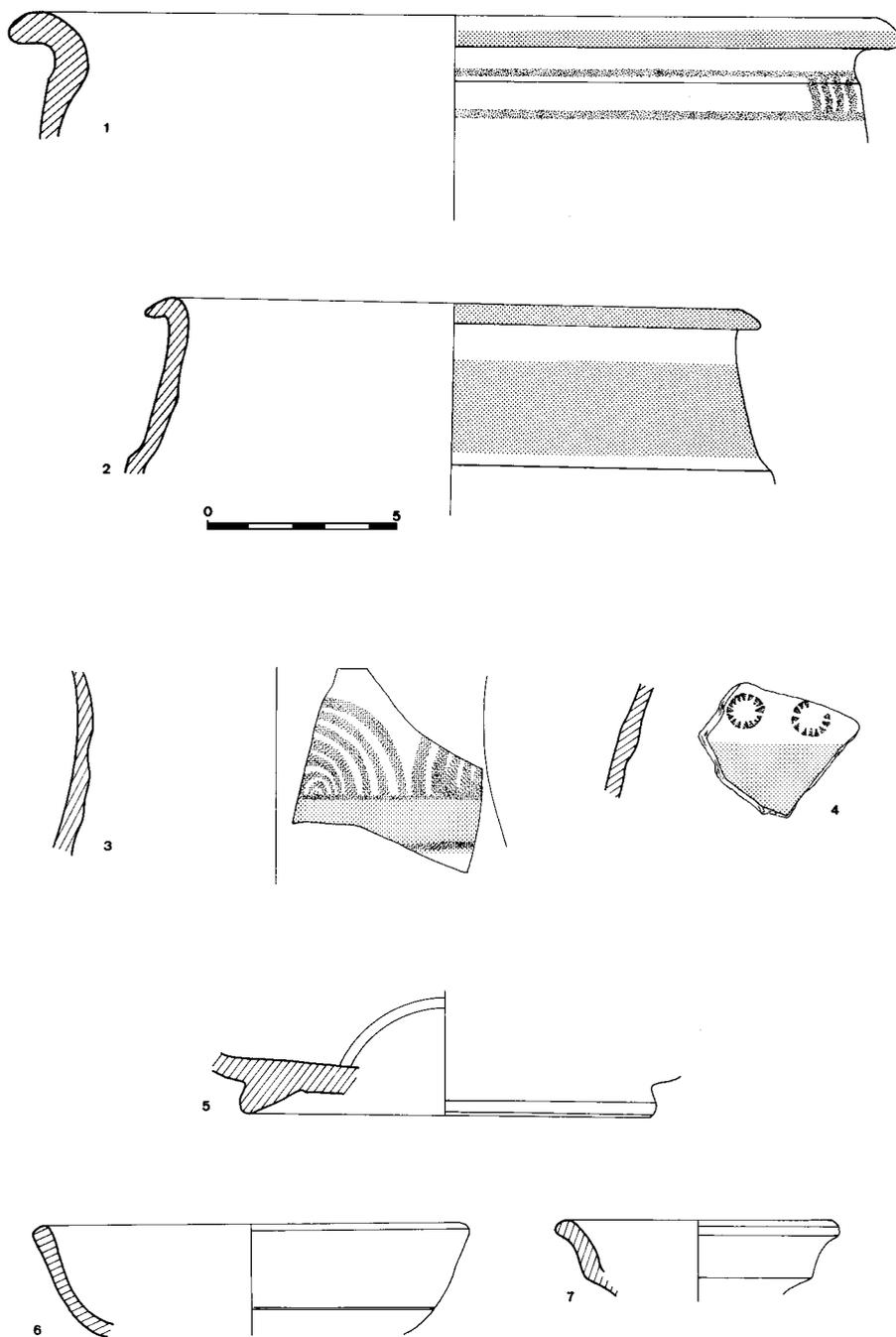


Fig. 5. Cerámicas pintadas y de importación de G-II. Superficie (1 a 5); Nivel I del dpto. 1 (6 y 7).

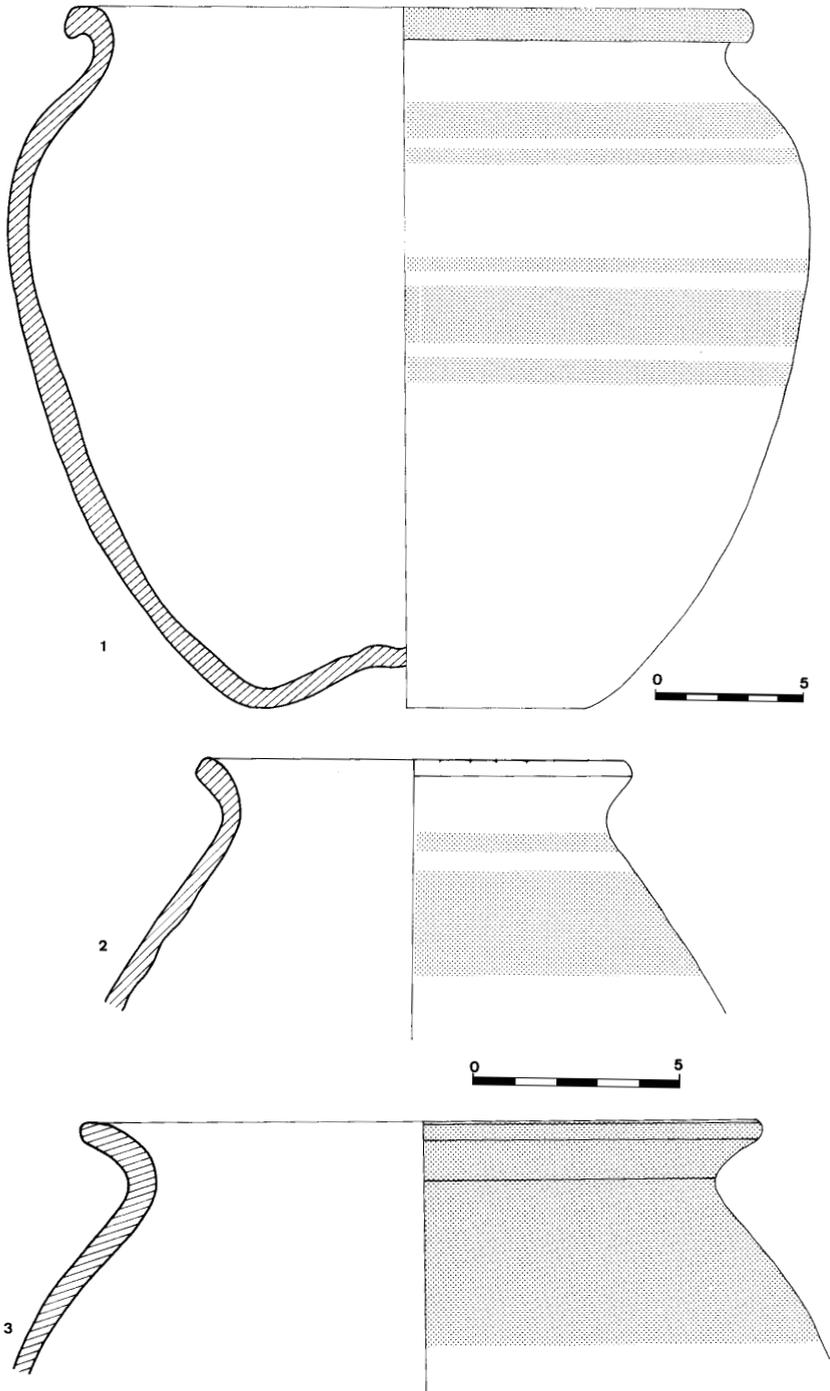
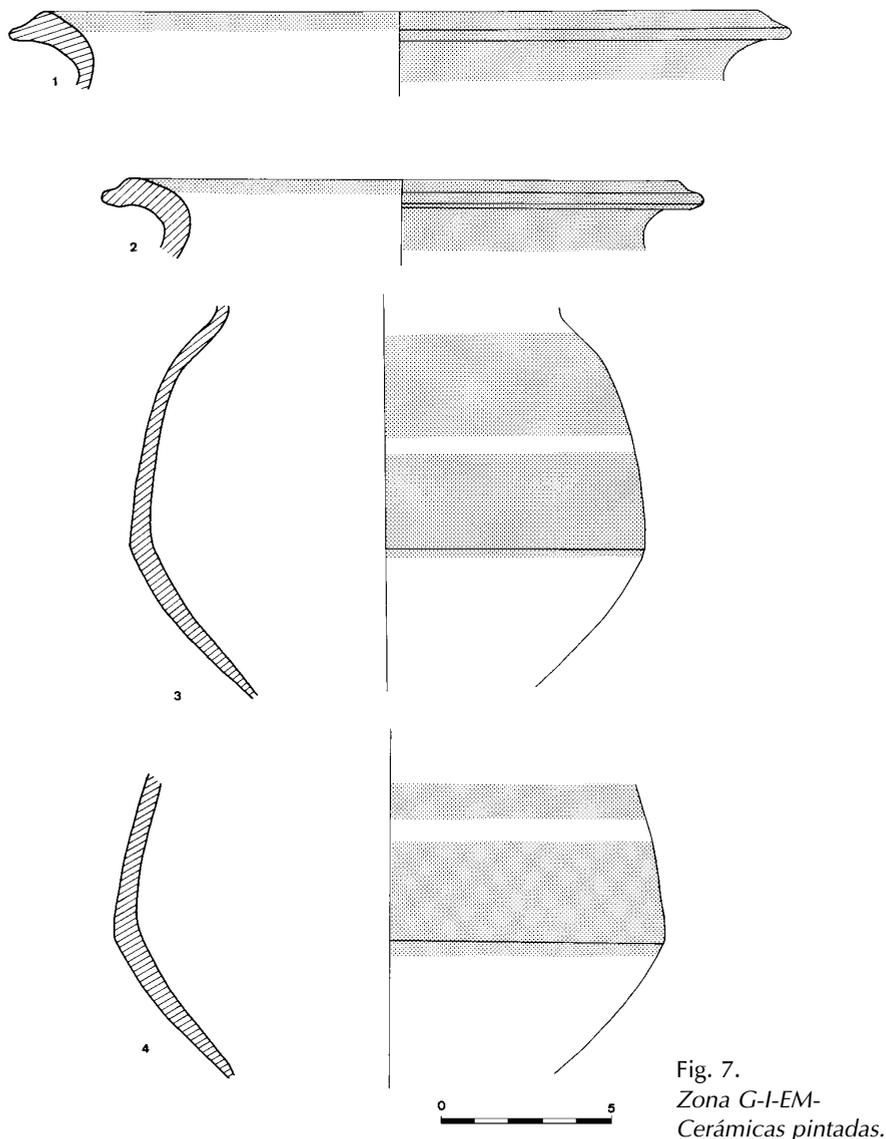


Fig. 6. Zona G-I-EM- Cerámicas pintadas.

Se documentaron, asimismo, paredes finas romanas de época republicana. Un cuenco (fig. 9: 7) de la F7 de Mayet, datable en la primera mitad del siglo I a.C. (MAYET, M.T., 1975: 38); y dos cubiletes, uno con decoración a la barbotina en forma de espinas, de la F3, fechado por Mayet en la segunda mitad del siglo I a.C., pero que Marabini (1973: 59) lleva hasta mediados del siglo II a.C.; el otro, de la F1 de Mayet tiene una decoración puntillada y fechas que oscilan entre el último tercio del siglo II y el primer tercio del I a.C. (MAYET, M.T., 1975: 25). Es muy significativo que el horizonte tipológico campaniense esté compuesto por platos y cuencos, mientras para la bebida parecen preferirse las producciones de paredes finas, tal como ocurre en el cercano yacimiento de Segóbriga (ALMAGRO GORBEA, M., 1992: 277).



Entre las cerámicas comunes de tipología o producción foránea destaca un plato de borde escalonado (fig. 8) del tipo 14 de Vegas (1973: 45), con paralelos en Gabii en el siglo I a.C., así como el borde de una jarra de cuello corto del tipo 37 (VEGAS, M., 1973: 97) (fig. 5: 7), con una cronología semejante. Algo más antiguas son las ánforas Dressel I (fig. 13), propias del siglo II a.C., de procedencia itálica y utilizadas para transportar el vino de Campania (FERNANDEZ IZQUIERDO, A., 1984: 32).

Entre las grandes vasijas de almacenamiento, se encuentra un *dolium* de borde entrante horizontal característico del siglo I a.C. hasta época de Augusto (BELTRAN, M., 1990: 260), tipo de urna usada para contener vino, aceite o áridos (fig. 10: 1)

Junto a estas piezas, una urna con decoración pintada zoomorfa de peces y liebres, procedente del área ilicitana, (fig. 12: 1) que podemos considerar entre los vasos importados, en este caso del mundo ibérico del sureste peninsular.

Por último, hay que mencionar una moneda, un *semis* de Cástulo que se fecha entre 120-90 a.C. (PEREA, A., PRADOS, L. y SANTOS, J.A., 1988: 253). Lugares próximos a éste y en las mismas fechas documentan acuñaciones de idéntica procedencia andaluza, como Fosos de Bayona (VELASCO, F., 1983: 403).

IV. Listado de materiales cerámicos.

- Cerámica común oxidante: figura 5: 7 y figura 8.
- Cerámica oxidante pintada: figuras 5: 1, 2, 3. 6. 7. 9: 1, 2, 4, 5. 11. 12: 1. 14: 2.
- Cerámica gris: figuras 9: 6. 14: 1 y 4.
- Cerámica estampillada: figuras 5: 4. 9: 3.
- Cerámica de paredes finas: figura 9: 7.
- Cerámica de barniz negro: figuras 5: 5, 6. 12: 2, 3. 14: 3.
- Anfora: figura 13.
- Cerámica de almacenamiento: figura 10.
- Fusayolas: figuras 9: 8, 9. 14: 5.

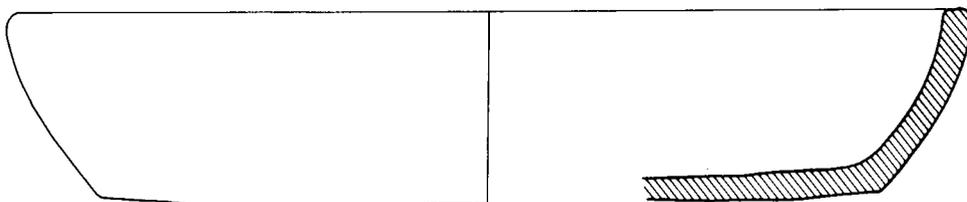


Fig. 8. Zona G-I-EM- Cuenco de labio rebajado de cerámica común romana.

V. Conclusiones.

Este hábitat fortificado se ubica en una zona periférica del mundo carpetano de la II Edad del Hierro de la submeseta sur, que llegaría hasta el límite natural del río Rianzares según Valiente y Balmaseda (1983: 136). Su adscripción a la Carpetania nos vie-

ne indicada tanto por su situación geográfica como por las cerámicas a torno con decoración *jaspeada* o *a brocha*, que se considera el *fósil-guía* de aquel pueblo prerromano.

Las carencias que todavía tenemos sobre la cultura material de esta época en la región merma las posibilidades de establecer analogías con otros yacimientos de la zona, que sobrepasen los estrechos márgenes de la mera generalización. Ello unido a la pequeña superficie excavada, aunque rica en hallazgos, obliga a advertir al lector que este trabajo no plantea resolver grandes dudas sino, más bien al contrario, abrir nuevas expectativas y ofrecer una base documental que, junto a otras como las de Illescas (VALIENTE, S., 1994) o Pedro Muñoz (FERNANDEZ MARTINEZ, V., 1988) permitan en un futuro profundizar en el conocimiento de la Carpetania prerromana.

Su situación en una región abierta, de paso, sin accidentes geográficos, entre la meseta, alta Andalucía y el sureste convierten este enclave en un sitio privilegiado donde convergen influencias de los más diversos orígenes. Es apreciable un alto grado de *iberización* de la cultura material, en especial en la producción cerámica tanto en el repertorio formal como en el decorativo. No obstante, una y otro guardan una gran personalidad que observamos en muchos tipos cerámicos que no encontramos en el mundo ibérico coetáneo y, sobre todo, en las decoraciones, cuyo escaso repertorio, exclusivamente geométrico en el que las bandas son el motivo principal, proporciona a los vasos pintados de *tradición o influencia* ibérica una señal de identidad, que podemos considerar fuera de las normas de los modelos decorativos de los centros ibéricos más importantes.

La apertura al Alto Guadalquivir y Sureste se advierte en hallazgos concretos como el *semis* de Cástulo o la urna de procedencia ilicitana. No hemos de olvidar que la red viaria romana-republicana que, como en otros casos peninsulares seguía trazados anteriores, unía por aquí *Segontia* con Cartago Nova (PALOMERO, S., 1983: 257) y enlazaba con Cástulo (CORCHADO, M., 1969: 136). Estos caminos de penetración pudieron ser también los de llegada de las importaciones de barniz negro y paredes finas, en especial por Cartagena, gran puerto mediterráneo en manos de Roma desde fines del siglo III a.C.

La ocupación del yacimiento es dilatada en el tiempo pero, con los datos que manejamos, desigual y discontinua. Los materiales aparecidos en el relleno para nivelar el suelo del departamento 6 (EM) de G-I, así como otras cerámicas a mano de superficie, indican una primera instalación durante la primera mitad del I milenio a.C., *grosso modo*, entre los siglos VIII-VII a.C., entre el final de la Edad del Bronce y el Hierro Antiguo, sin que podamos precisar más dado lo exiguo del material, escaso significado y descontextualización casi absoluta. En la otra banda del abanico cronológico se sitúa la ocupación medieval, en una atalaya que ha dejado algunos materiales dispersos en superficie.

Pero el momento fundamental de la ocupación del cerro es la II Edad del Hierro, probablemente no más antigua del siglo III a.C. En primer lugar, por la falta de materiales indígenas con paralelos en contextos del siglo IV a.C. y anteriores; en segundo lugar, por la ausencia de importaciones antiguas, incluida la campaniense A. En este sentido, cabe la posibilidad que el lugar de la Ermita de la Virgen de La Muela sea un

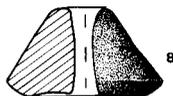
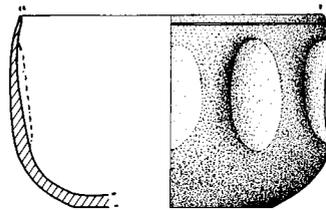
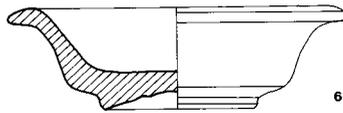
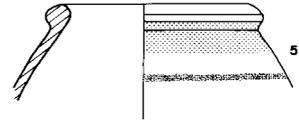
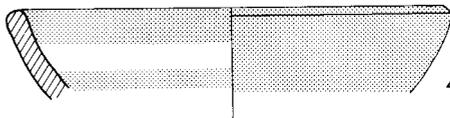
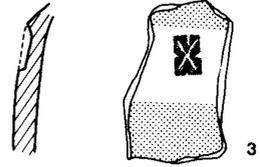
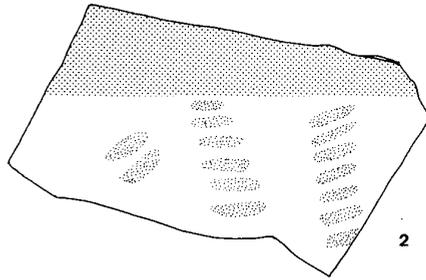
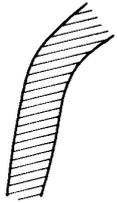
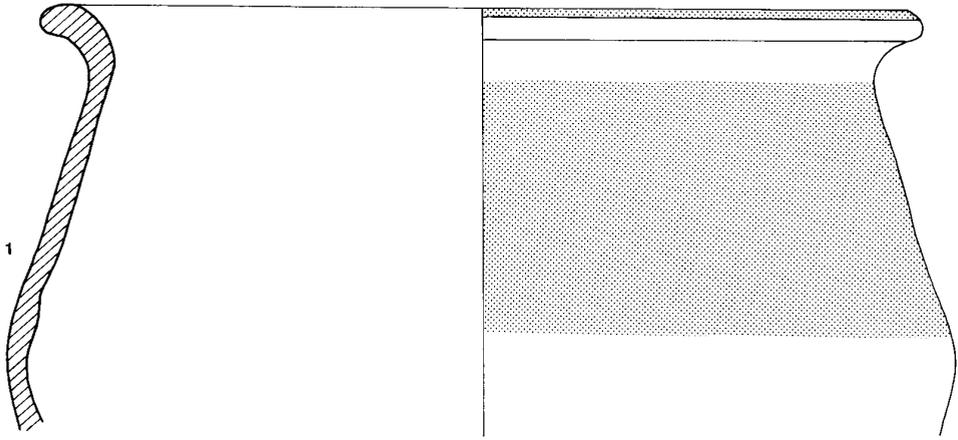


Fig. 9.
Zona G-I-EM-
Cerámicas
pintadas
(1, 2, 4 y 5);
estampilladas (3);
cuenco gris (6);
cuenco de
paredes finas (7);
fusayolas (8 y 9).

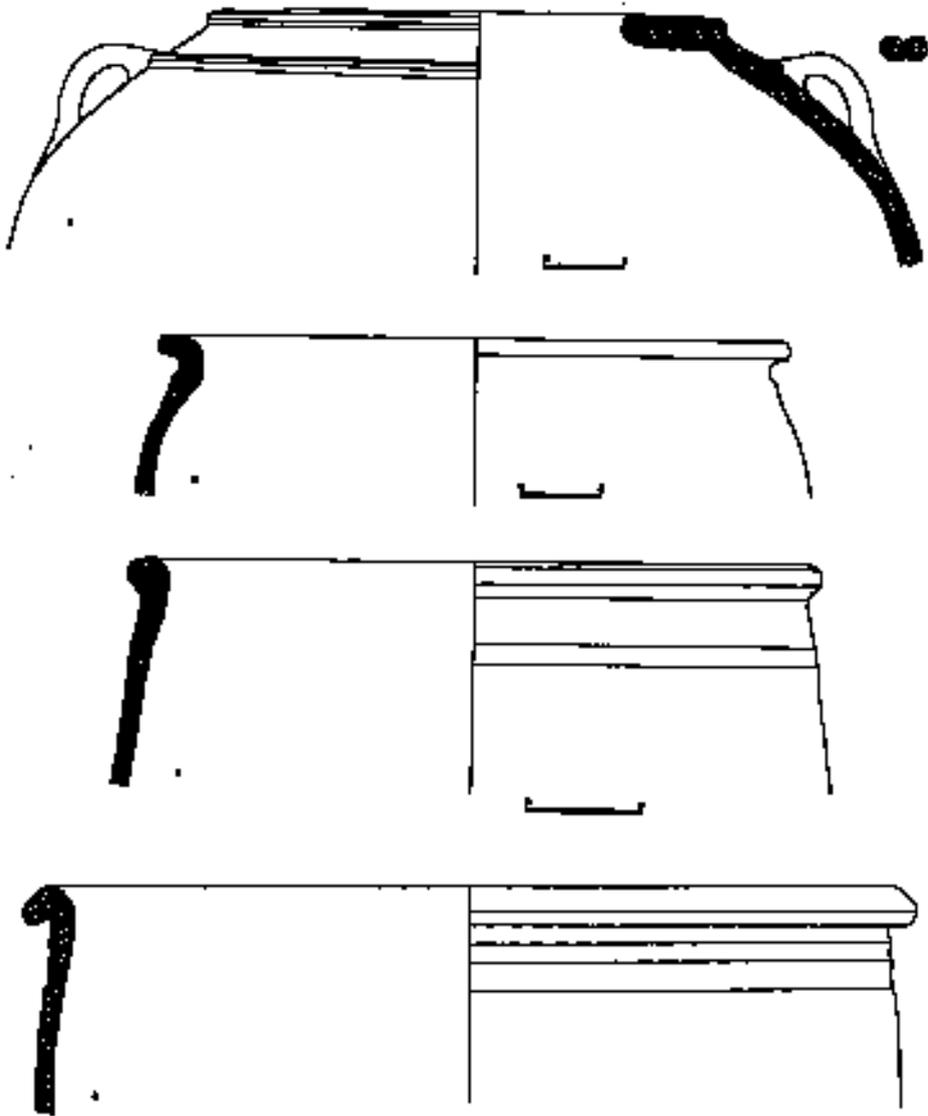


Fig. 10. Zona G-I-EX- Cerámica de almacenamiento.

habitat en llano datable al menos a fines del siglo V. a. C., por la presencia de cerámica griega en superficie.

La fecha de abandono o destrucción de Gollino se puede llevar a la primera mitad del siglo I a.C. por la abundancia de cerámicas romanas que no sobrepasan esa fecha. Sólo algunas piezas pueden datarse en un momento indeterminado del siglo I a.C., y el cuenco de cerámica gris de la figura 14: 4 pudiera tratarse de una imitación de *sigillata*. Sin embargo, el propio hecho de que esto no es más que una posibilidad que ofrece un único vaso de imitación; que, por el contrario, hay una significativa ausen-

cia de producciones romanas imperiales de sigillatas itálicas o gálicas bien representadas en otros asentamientos de la zona; y que el grueso de las importaciones se datan entre fines del siglo II y comienzos del I a.C., nos inclinan a pensar en una fecha final de la ocupación de este gran hábitat en torno al primer cuarto del siglo I a.C., en relación con las guerras sertorianas, que sabemos por las fuentes que afectaron en gran manera a esta parte de la península hacia 77-74 a.C., tal como habíamos sugerido hace unos años (PEREA, A., PRADOS, L. y SANTOS, J.A., 1988: 253).

Aunque se puede objetar que la superficie excavada es muy reducida en relación con la superficie total del poblado, la presencia de fragmentos de campaniense B en la muralla y en G-II, así como el hecho de que en todos estos lugares se haya documentado un único nivel arqueológico, contemporáneo a G-I, refuerzan esta hipótesis.

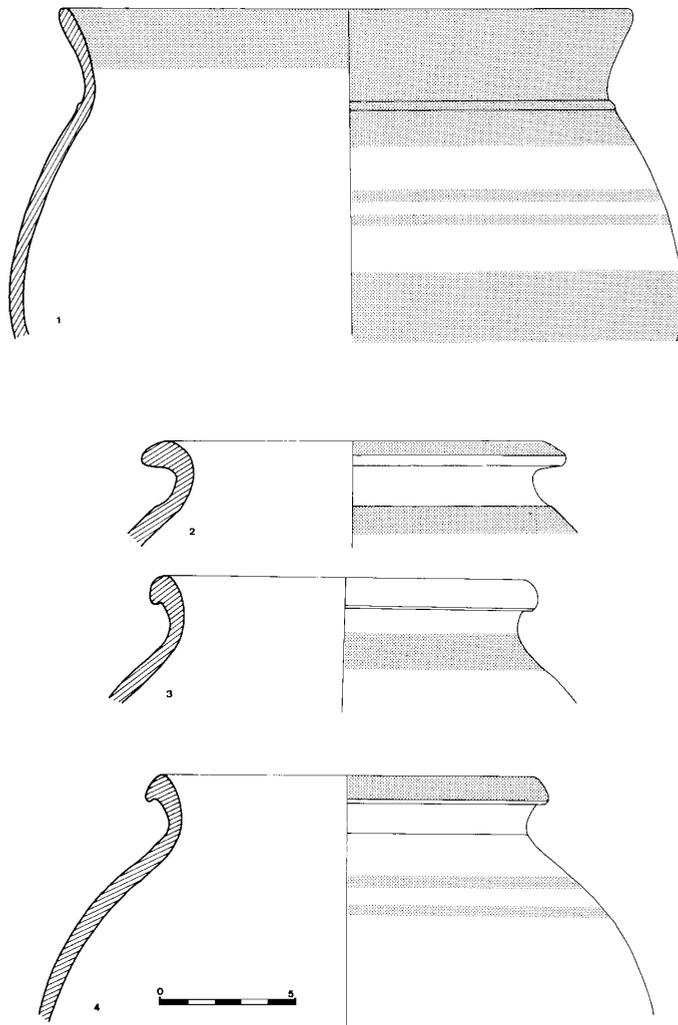


Fig. 11. Zona G-I-EX- Cerámicas pintadas.

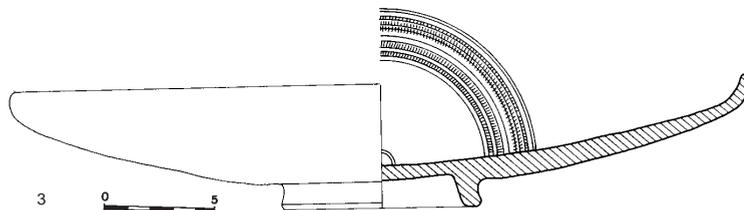
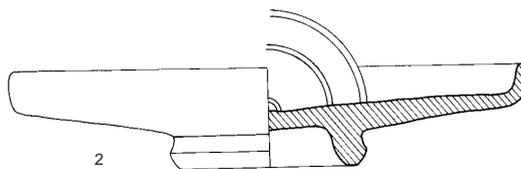
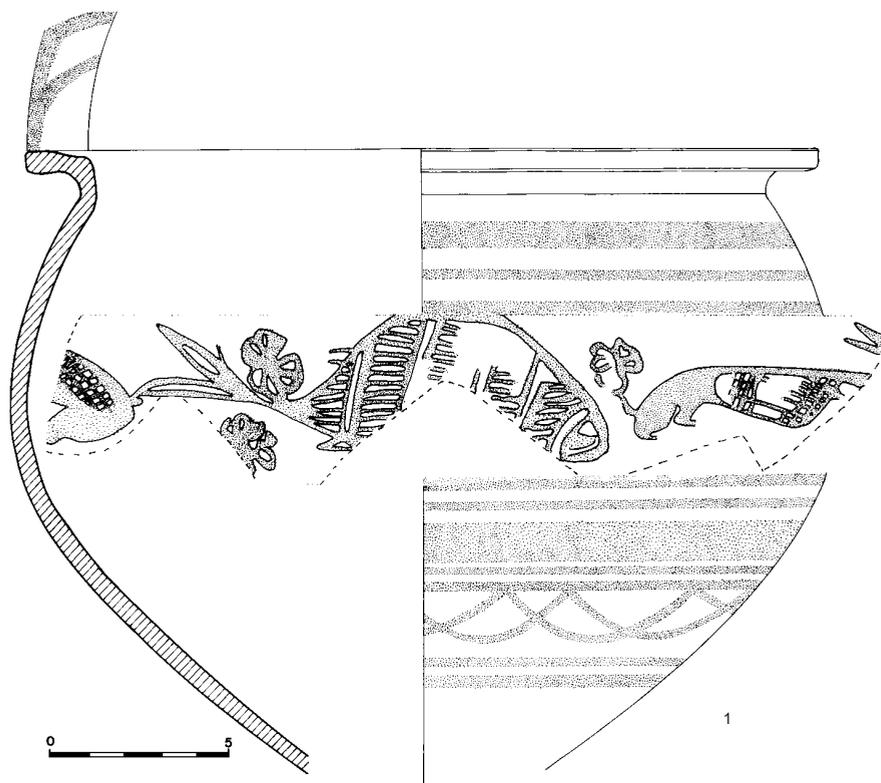


Fig. 12.
Zona G-I-EX-
Urna con
decoración
pintada de
peces y liebres
de Elche-Archena (1);
platos de la forma
5 de campaniense
B (2 y 3).

En la I reunión de Arqueología de Toledo planteamos que una de las cuestiones que subyace en este yacimiento de 18 has. y dos recintos amurallados, es el proceso de *urbanización* de la meseta sur entre los pueblos prerromanos. Este enclave está en relación con otros grandes centros como Consuegra, Yeles y Mora, que probablemente formaban una red de *Lugares Centrales* en el marco de una estructura jerarquizada del poblamiento en la Carpetania de la II Edad del Hierro, al menos en su momento final (SANTOS VELASCO, J.A., 1987-88).

El surgimiento de formas de vida urbana en el interior peninsular es un tema bien tratado en el caso de los celtíberos, pero no así entre los carpetanos (SANTOS, J.A., PEREA, A. y PRADOS, L., 1990: 316). El problema fundamental es que la estructura del poblamiento carpetano entre los siglos V-II a.C. es casi desconocida por lo que lo menos arriesgado por el momento, como ya se argumentó para la Celtiberia, es suponer que el clima de inestabilidad que crea la presencia cartaginesa y romana, a partir de fines del siglo III a.C., obliga a la población a concentrarse en grandes centros fácilmente defendibles. Recordemos las incursiones de Aníbal en 221 a.C., del pretor M. Fulvio contra *Toletum* en 193-192 a.C. y de Viriato en 147-146 a.C. (BALMASEDA, L. y VALIENTE, S., 1979). Con los datos que hemos manejado en el cerro Gollino, éste puede ser el caso que nos ocupa, pues nos hallamos ante una única ocupación centrada entre 150-75 a.C. y no anterior al siglo III a.C. A esto se añade que la muralla es una estructura muy poco consistente, que no debió contar con un gran alzado, a juzgar por los restos que se conservan, y carente de bastiones, al menos visibles en superficie, lo que parece indicar una construcción rápida, acorde con un momento de inestabilidad repentina.

En todo caso, no hemos de descartar que el fenómeno urbano tenga raíces indígenas, resultado de cambios sociales en el seno de las propias comunidades carpetanas (SALINAS, M., 1988: 15), como se admite desde hace años para la Celtiberia. Apoya esta hipótesis el hecho de que las fuentes romanas al referirse a la zona hablen de *oppida*, *urbs* y *poleis*, si bien es cierto que lo hacen a partir de comienzos del siglo II a.C. y no antes (PLACIDO, D., MANGAS, J. y FERNANDEZ-MIRANDA M., 1992, 264). Podemos considerar esta cuestión abierta junto con otra complementaria, cuál era el grado de cohesión política de los carpetanos por aquellas fechas (PLACIDO, D., MANGAS, J. y FERNANDEZ MIRANDA, M., 1992: 265).

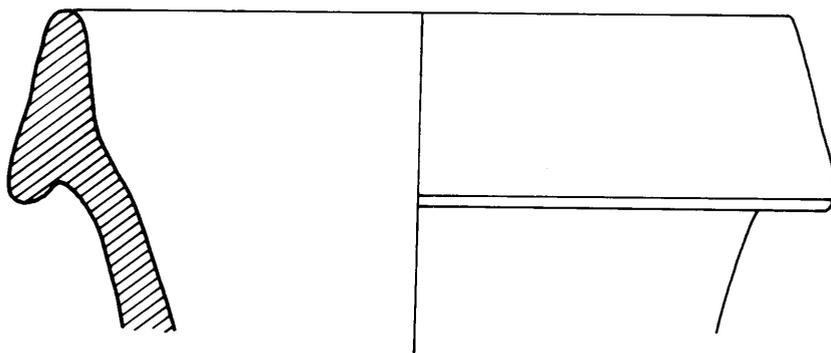


Fig. 13. Zona G-I-EX- Anfora Dressel I.

Otro tema no menos sugerente, al que nos permite acercarnos el importante conjunto de materiales de procedencia itálica, es el de la *romanización* y presencia romana. La temprana romanización de la Carpetania ha sido defendida sobre una amplia base argumental: la temprana circulación monetaria, la presencia de importaciones itálicas, la no intervención carpetana en las guerras celtibéricas de mediados del siglo II a.C. y, por el contrario, sí haberse involucrado en las sertorianas, años más tarde

(ALMAGRO GORBEA, M., 1969 y MENA, P., 1984). Hace unos años eramos reticentes a aceptar una romanización muy profunda de la Carpetania durante los inicios de la ocupación de la península y preferíamos inclinar la balanza hacia el lado de la pervivencia de las formas de vida autóctonas (PRADOS, L., SANTOS, J.A. y PEREA, A., 1990). Tras un estudio más profundo de los materiales recuperados nos inclinamos por la prudencia en un problema delicado sobre el que no se tiene aún mucha información, colocando la balanza en equilibrio entre *indigenismo* y *aculturación*.

En este emplazamiento el grueso de los objetos muestra una clara impronta indígena, cerámicas a torno, grises, estampilladas; y un rasgo cultural esencial, la forma de ocupar el territorio y el desenvolvimiento de la vida doméstica y de habitación tiene esa misma impronta: gran asentamiento fortificado en altura, tipo *oppidum*, con estructuras de habitación cuadrangulares con basamentos de piedra y paredes de adobe. La vigencia de formas esenciales autóctonas evidencian la vitalidad indígena a comienzos del siglo I a.C., como se viene señalando en los últimos años (MENA, P., 1988: 30).

No obstante, esto no oculta un alto grado de asimilación de elementos culturales romanos como la abundante presencia de vasos importados, entre otros los vasos de paredes finas que servían para la bebida. Costumbre atestiguada por la presencia de vino itálico que se deduce por el ánfora Dressel I. Asimismo, es muy significativo que algunas urnas de almacenamiento y otros vasos de cerámica común, objetos para la vida cotidiana carentes de valor suntuario, de prestigio o riqueza tengan una clara tipología romana o sean producciones romanas, como el *dolium*, el cuenco de borde rebajado o la jarra 37 de Vegas. Se puede pensar incluso en la presencia de gentes de origen itálico en este lugar, ligada al problema de las guerras sertorianas.

Estos datos pueden parecer contradictorios. Pero la pacificación de la Carpetania, a partir de 150 a.C. aproximadamente, junto a la presencia de contingentes humanos itálicos no conlleva necesariamente una rápida asimilación de las formas de vida romanas por parte de la población indígena. Los complejos procesos de aculturación necesitan de profundos cambios a lo largo de varias generaciones. Por esta razón, compartimos la opinión de que el abandono de lugares como éste o el cercano de Fosos de Bayona, tras las guerras sertorianas, puede interpretarse como síntoma de que el verdadero empuje aculturador no se concreta hasta entrado el siglo I a.C., consolidándose en época de Augusto (FUENTES, A. 1984: 165). En este sentido, tomando ahora la información que proporciona la documentación literaria, es cierto que al inicio de las guerras celtibéricas la Carpetania sirve de centro de operaciones para los romanos, y que en 151 a.C. el cónsul Licinio Lúculo defiende la Carpetania frente al avance de los vacceos (SAN MARTIN, M., 1988: 7); pero también lo es que pocos años antes Toledo era tomada por el procónsul M. Fulvio Nobilior, en 192 a.C., y que la marcha de los pretores C. Calpurnio y L. Quinctio contra la Carpetania, donde les esperaba un ejército de celtíberos y lusitanos en 185 a.C., ponen de manifiesto que en las primeras décadas del siglo II a.C. la zona no está bajo el absoluto control romano. En este mismo orden de cosas, hay que considerar que la organización gentilicia carpetana sobrevive hasta el siglo III d.C. (SALINAS, M., 1988: 15).

Es obvio que tratar de ajustar demasiado las hipótesis en estos momentos resulta prematuro, dado que aun contamos con una documentación material escasa. No obs-

tante, esa misma documentación permite dejar planteados estos problemas de cara a futuras actuaciones arqueológicas.

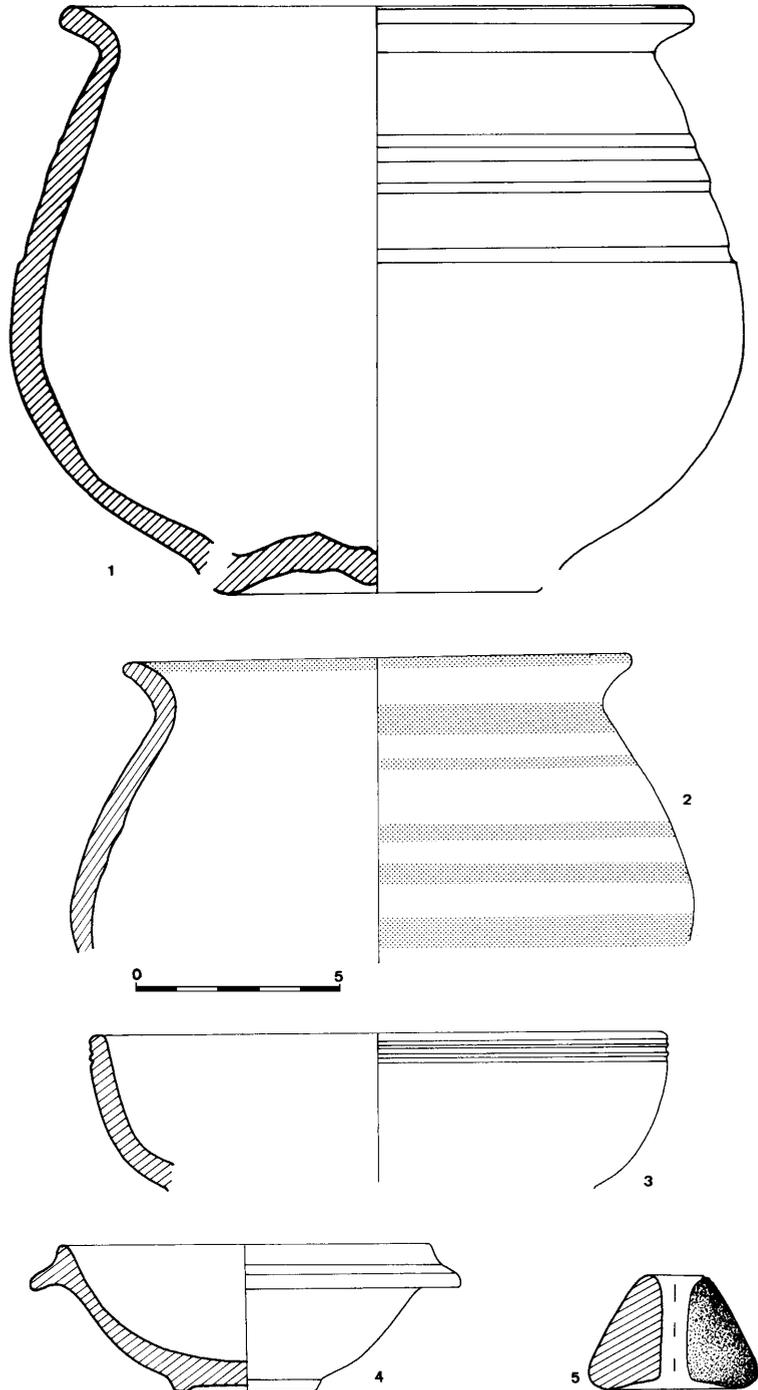


Fig. 14.
Zona G-I-EX-
Cerámica
gris (1 y 4);
cerámica
pintada (2);
campaniense
B (3);
fúsayola (5).

Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, M., (1969). *La necrópolis de Las Madrigueras, B.P.H., X*, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1992). La romanización de Segóbriga, *Dialoghi di Archeologia*, 10, Roma, 275-288.
- BALMASEDA, L. y VALIENTE, S. (1979). Excavaciones en el Cerrón (Illescas), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 7, Madrid.
- BELTRÁN, M. (1990). *Guía de la cerámica romana*, Zaragoza.
- BLASCO, C. y ALONSO, M^a.A. (1985). *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama*, Madrid, Excavaciones Arqueológicas en España, 143, Madrid.
- CORCHADO, M. (1969). Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir, *Archivo Español de Arqueología*, 42, Madrid.
- ESPINOSA, C. y CRESPO, M.L. (1988). Un yacimiento de transición del Bronce al Hierro en Alovera (Guadalajara), *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol. III, 2, Toledo.
- FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A. (1984). *Las ánforas romanas de Valentia y de su entorno marítimo*, Valencia.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1988). El asentamiento ibérico del Cerro de Las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real), *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol. III, 2, Toledo.
- FUENTES, A. (1984). La submeseta norte y sus relaciones culturales con la submeseta sur, *Al-Basit*, 15, Albacete, 157-172.
- MARABINI, M.T. (1973). *The roman thin walled pottery from Cosa, Memoirs of the American Academy in Rome*, XXXII, Roma.
- MAYET, M.T. (1975). *Céramique à parois fines de la péninsule ibérique*, París.
- MENA, P. (1984). *Catálogo de las cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*, Cuenca.
- MENA, P. (1988). La etapa republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol. IV, Toledo, 25-52.
- MOREL, J.P. (1981). *La céramique campanienne. Les formes*, París.
- PALOMERO, S. (1983). Las vías romanas de Segóbriga y su contexto en las vías romanas de la actual provincia de Cuenca, *Homenaje al prof. Almagro Basch*, III, Madrid.
- PEREA, A., PRADOS, L. y SANTOS, J.A. (1988). El cerro del Gollino (Corral de Almaguer, Toledo), *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol. IV, Toledo.
- PLÁCIDO, D., MANGAS, J. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1992). Toletum, *Dialoghi di Archeologia*, 10, Roma, 263-274.
- PRADOS, L., SANTOS, J.A. y PEREA, A. (1990). Indigenismo y romanización en la Carpetania: bases para su estudio, *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, 57-63.

- SALINAS, M. (1988). Indigenismo y romanización de Carpetania, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol.IV, Toledo, 13-19.
- SAN MARTÍN, C. (1988). Castilla-La Mancha en las fuentes literarias de la Antigüedad, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, vol.IV, Toledo, 5-12.
- SANTOS VELASCO, J.A. (1987-88). Metodología para el análisis del territorio y aproximación al estudio del poblamiento en la II Edad del Hierro en la Carpetania, *Kalathos*, 7-8, Teruel.
- SANTOS, J.A., PEREA, A. y PRADOS, L. (1990). Primeros resultados de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Gollino (Corral de Almaguer), *I Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo, 309-325.
- VALIENTE, S. (1990). Estado actual de las excavaciones en El Cerrón (Illescas, Toledo), *I Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo.
- VALIENTE, S. (1994). *Excavaciones arqueológicas en "El Cerrón", Illescas (Toledo)*, Toledo.
- VALIENTE, S. y BALMASEDA, S. (1983). Hacia una delimitación de la Carpetania en la II Edad del Hierro, *Homenaje al prof. Almagro Basch*, III, Madrid.
- VEGAS, M. (1973). *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*, Barcelona.
- VELASCO, F. (1983). Dos cabezas de bronce de Fosos de Bayona (Villas Viejas, Cuenca), *Homenaje al prof. Almagro Basch*, vol. II, Madrid, 397-411.